

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO. 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 19 DE DICIEMBRE DE 1909

NÚMERO 103



## EL HADA DE PAQUITO

I

**E**l padre Juan era cura de aldea. Hacía ya muchos años que ejercía el sacerdocio y siempre se distinguió por la modestia con que vivía y por la rectitud de sus actos.

En Valdares, su pueblo, todos los vecinos le querían y le obedecían ciegamente en cuanto les aconsejaba.

Áyuntamiento de Madrid

Habitaba una humilde casita sin más compañía que la de su ama, ya muy vieja, y Paquito, niño de corta edad, hijo de una hermana suya que murió poco después que su marido, dejando á la criatura en completa orfandad.

El padre Juan le prohibió en seguida y puso especial cuidado en que su educación fuese esmerada y cristiana, no consintiendo que Paquito fuese á la escuela para evitar que las malas compañías pudiesen influir en la tierna voluntad del niño.

El buen sacerdote, con amor solícito, le enseñó las primeras letras. le hizo aprender oraciones sencillas, para que rogase á Dios por el alma de sus padres y procuró inspirarle los puros sentimientos de la caridad.

El alcalde del pueblo, que apreciaba mucho al padre Juan, regaló á Paquito un libro de cuentos para que se entretuviese con su lectura recreativa y sana.

El pequeño experimentó gran alegría al recibir el obsequio y leyó con avidez todos los cuentecillos; pero ¡ay! su espíritu crédulo le hizo creer á pies juntillos que todo lo que el librito decía era verdad, y *cátate* á Paquito preocupado y envidioso de la fortuna alcanzada por los héroes que, abandonando sus casas, se marchaban en busca de aventuras.

—¡Qué felices son esos niños!—pensaba.—¡Para mí todos los días son iguales, mientras que para ellos...! Apenas sale el sol caminan por campos siempre cubiertos de jugosa hierba; si tienen sed, beben en los arroyos que hallan al paso; si el hambre les atormenta, la sacian con las frutas de los árboles del camino, y por la noche las hadas velan su sueño. ¡Quién pudiera imitarles...!

Tanto pensó en estas cosas que decidió escaparse de la casa de su tío, y como lo pensó lo hizo, aprovechando la ausencia de éste y del ama, que había ido al mercado.

## II

El padre Juan se alarmó muchísimo al no hallar al niño en la casa, pero se tranquilizó luego, creyendo que habría salido á dar un paseo. Sin embargo, llegó la noche y el niño no vino. Alarmado y sin saber qué hacer, se pasó llorando toda la noche.

Al amanecer llamaron á la puerta de su casa, y al abrirla, se encontró de manos á boca con el sacristán de la iglesia, que había hallado al niño dormido bajo una encina de la carretera y se apresuraba á devolvérselo á su tío. Paquito, sin despertarse, fué trasladado á la cuna y allí continuó su sueño, velado por el padre Juan, que no acertaba á explicarse lo que había pasado. Al fin, varias palabras que el niño pronunció mientras dormía vinieron á sacarle de sus dudas.

—¡Dejadme... dejadme...!—decía.—¡No veo al hada...! ¡Me han engañado...!

El sacerdote entonces lo comprendió todo, y sonriendo miró al libro de cuentos colocado encima de una mesa.

### III

Grande fué la sorpresa de Paquito al despertar y encontrarse en su casa y al lado del padre Juan.

—¿Qué es esto?—preguntó medroso.

—No es nada, no te asustes; el sacristán te halló dormido en el bosque y te ha traído aquí.

—Pero...

—Por cierto que me ha dicho que estabas muy bien defendido. Un hada velaba tu sueño.

—¿Un hada?—preguntó con extrañeza el niño.

—Sí, señor, un hada, á la cual debes estar muy agradecido. Sin su protección seguramente te hubiesen devorado los lobos.

El niño no salía de su asombro. Según el padre Juan le decía, era indudable que existían las hadas, y él, sin embargo, no había visto á la suya.

—¡Pero, padre Juan!—se atrevió á preguntar al fin.—¿Es verdad que ha velado mi sueño un hada...?

—Ya lo creo. ¿Quieres verla...?

—Sí—dijo el niño palmoreando alegremente.

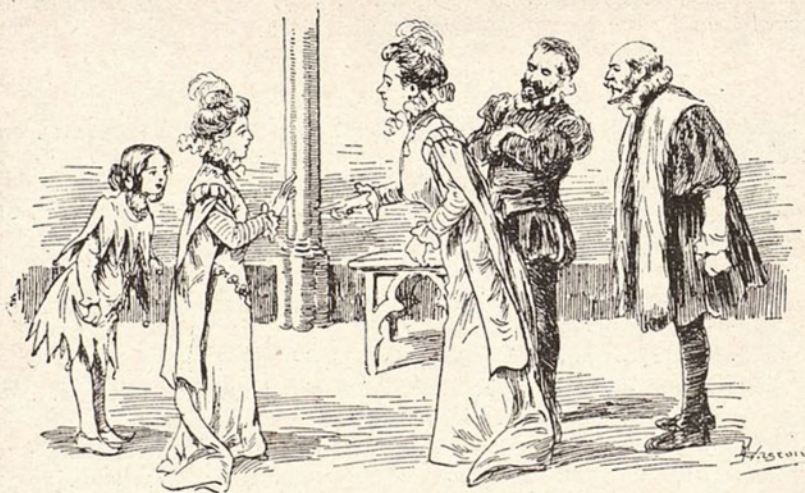
El padre Juan abrió entonces un cajón de su mesa y, sacando una estampa que representaba el Angel de la Guarda, se la mostró á Paquito, diciéndole:

—¡Mira! Esta ha sido el hada que te ha custodiado esta noche. Ella no te dejó ni un solo instante, y gracias á ella pudiste volver á mi lado. ¡Pídele á Dios que no te abandone nunca!

JOSE RAMOS MARTIN.



Ayuntamiento de Madrid



## LA PRINCESITA

CONTINUACIÓN

MARQ. ¿Y ha venido en público  
Vuestra Alteza con esa mu-  
chacha?

PRIN. Tranquilízate, ayita mía; la  
etiqueta no ha sufrido de-  
trimento. Esta niña ha ve-  
nido sola hasta la puerta  
del parque como yo la mandé,  
y en ella ha esperado mi  
vuelta. Y ahora me vais á  
hacer el favor de invitar  
con toda urgencia á los per-  
sonajes de la corte para que  
vengan á este lugar. Quiero  
tener mucho público en mi  
ensayo para ver si merece  
la pena mi habilidad de que  
la conozca el rey. *(Todos se  
inclinan.)* Adios, señores,  
hasta muy pronto. Mi pre-  
ceptor que se quede; tengo  
que consultarle algo im-  
portante. *(El duque, la mar-  
quesa y el doctor saludan y  
se retiran.)*

ESCENA V

PRINCESA, MARAVILLA, PRECEPTOR Y  
ESTEBANILLO.

PRIN. ¿No sabéis que conozco ya  
toda la historia de la caridad  
valiente?

PREC. ¿La conoce Vuestra Alteza?  
PRIN. Perfectamente. ¿Queréis  
convenceros? Escuchad; el  
pajecillo, digo, el pinche, si-  
guió á la niña, fué á su cho-  
za, entró en ella y vió un tris-  
tísimo cuadro de miseria.  
¿No es así?

PREC. Exactamente.

PRIN. Entonces, sin temer al pe-  
juicio que pudiera sobreve-  
nirle por infringir las órde-  
nes de Palacio y pensando  
sólo en socorrer aquella ne-  
cesidad apremiante, iba por  
la noche á llevar á aquellos  
infelices su propia comida y  
algo más que un viejecito,  
no sé si preceptor ó qué, le  
daba de su bolsillo, que no an-  
daba muy repleto.

PREC. ¡Señora! *(A Estebanillo.)*  
¡Charlatán!

PRIN. Ya veis si conozco la histo-  
ria mejor que vos, y digo  
mejor, porque sé algo más  
que todavía ignoráis.

PREC. ¿Pues qué más hay en esa  
historia?

PRIN. Hay... que el paje, ¡dale!,  
siempre me equivocó; que el  
pinche de la cocina, viendo

- que sus recursos no eran suficientes, contó el caso á una de las princesas.
- PREC. ¡Oh, acabad! Y la princesa fué tan generosa que le mandó un gran donativo!
- PRIN. No; que entendió la caridad valiente y salió un día á caballo...
- PREC. ¿Qué dice vuestra Alteza?
- PRIN. Y fué á la choza á socorrer por sí misma aquella desdicha.
- PREC. (*Inclinándose y besando la mano de la princesa.*) ¡Dios la bendiga!
- PRIN. Me he traído á la hija del pobre titiritero y tengo un plan en el que quiero que me ayudéis. Venid todos á mis habitaciones.
- PREC. Permítame mi augusta discípula. Yo, que bendigo con toda mi alma sus nobilísimos sentimientos, me permito no obstante llamar su atención. ¿No cometerá una imprudencia? ¿No verán mal en la corte su personal intervención?
- PRIN. ¿No hemos quedado en que hay una caridad valiente? Pues no acobardarse, que yo no tengo miedo alguno.

#### ESCENA VI

DICHOS Y EL DUQUE.

- DUQUE. El rey, mi señor, desea ver en el acto á Vuestra Alteza y me encarga se lo haga saber.
- PRIN. ¿Habéis dicho en el acto?
- DUQUE. Tal como Su Majestad me ha ordenado decirlo.
- PRIN. Voy, pues, en seguida á verle. ¿Me acompañáis?
- DUQUE. El rey me ha indicado que debe acompañaros á su real presencia vuestro preceptor.
- PRIN. (*Al preceptor.*) Ya lo habéis oído. Vamos pues. (*Salen la princesa y el preceptor.*)

#### ESCENA VII

DUQUE, ESTEBANILLO Y MARAVILLA.

- DUQUE. Ahora que estamos solos, Estebanillo, es preciso que me digas la verdad sobre cuanto

te pregunte, porque hay en Palacio algo muy obscuro que es preciso poner cuante antes en claro.

- EST. Estoy á vuestras órdenes.
- MARA. ¿Debo retirarme?
- DUQUE. No; también tú puedes hacer falta.
- MARA. (*Aparte.*) Yo estoy temblando.
- DUQUE. ¿Qué historia es ésta? Hay quien asegura que han visto á Estebanillo salir por las tapias del parque; hay quien afirma que le ha encontrado en el barrio de los gitanos, y hay, por último, quien sostiene que todo ello es falso, pues á la misma hora en que suponen que andabas por aquellos sitios te encontrabas en casa del preceptor de Su Alteza. ¿Cuál es la verdad?
- EST. Todo ello es la verdad.
- DUQUE. ¿Cómo es posible que sean verdad cosas tan contradictorias?
- EST. Yo lo explicaré, con vuestro permiso.
- DUQUE. Habla de una vez y entendámonos.
- EST. Debo demasiado al señor duque y le profeso demasiado cariño y respeto para que le oculte la verdad.
- DUQUE. Menos preámbulos y habla de una vez.
- EST. Pues bien, es cierto que he saltado las tapias del parque para no ser visto y es cierto también que he estado en el barrio de los pobres, como se le llama generalmente; pero es cierto también que á la hora que el doctor asegura haberme encontrado en dicho barrio estaba yo en casa del preceptor de Su Alteza.
- DUQUE. ¿Pero cómo es eso posible?
- EST. Porque el doctor, dicho sea con todo respeto, ha faltado á la verdad al decir la hora en que me ha encontrado. Ha dicho que era por la tarde, y yo no he salido hasta después de anochecer.

*Continuará.*



RELATOS DE CAZA

## CUANDO BAJAN LOS LOBOS...

**E**l guarda del monte de la Loca, retenido en la ciudad por perentorias ocupaciones, tuvo que hacer noche en la posada. Cuando los primeros resplandores del día le despertaron, vió todo el pueblo cubierto de nieve. Las escasas personas que pasaban por las calles, andaban sin hablar y sin hacer ruido, como fantasmas. Los gorriones, aterridos y hambrientos, vagaban de uno en otro lado piando con desconuelo, y del centro del ensabanado pueblo emergía la torre parroquial encaperuzada de blanco. Sin perder momento é intranquilo por su mujer y por sus dos pequeñuelos, salió al campo y se encaminó hacia el monte contra los ruegos del posadero, pues seguía nevando.

Pronto llegó al monte y en la falda mató dos liebres que inquietas buscaban alimento, por lo cual, satisfecho del hallazgo, anheló todavía más verse en su choza junto al hogar y jugar con sus hijos, mientras los restos de los infelices animalitos hervían en un puchero entre los calcinados troncos.

La nieve seguía descendiendo de lo alto tranquila y quieta, sin ser agitada por el más tenue soplo de viento. Un silencio de muerte reinaba en todo el campo, silencio que únicamente se rompía cuando algún pajarillo desolado piaba tristemente, como lamentándose de su desventura. Sobre la blanca llanura, sobre el monte salpicado por las negruzcas manchas de los arbustos y las rocas mal cubiertas de nieve, des-

cansaban las plumizas nubes, tan pesadotas, que parecían gravitar sobre los velados picachos de la próxima sierra.

De pronto, sintió el guarda que retumbaban en el silencio los ladridos angustiosos y penetrantes de su perro. La choza estaba cercana y apretó el paso para llegar á ella cuanto antes y cuando, saliendo de entre unos grandes peñascos, la vió, quedóse mudo de espanto. La puerta y las ventanucas estaban cerradas y á unos cinco metros de ella tres lobos parduscos y delgados rondaban entrechocando furiosamente los dientes. Su perro—un enorme mastín de leonado pelaje—seguía ladrando acurrucado en el umbral y dispuesto á defender la entrada mientras respirara. Al punto el guarda se echó la escopeta á la cara, disparó y uno de los lobos gruñó sordamente, dió dos ó tres vueltas y cayó redondo al suelo. El mastín reconoció á su amo y, abandonando la puerta, arremetió furiosamente contra otro de los carniceros; pero éstos, viendo malparada su situación, huyeron cobardemente monte arriba. La puerta de la choza se abrió y la familia del guarda salió locca de alegría.

—¡Qué susto, santo Dios, qué susto!—díjole la mujer.—¡Cuando los lobos bajan...!

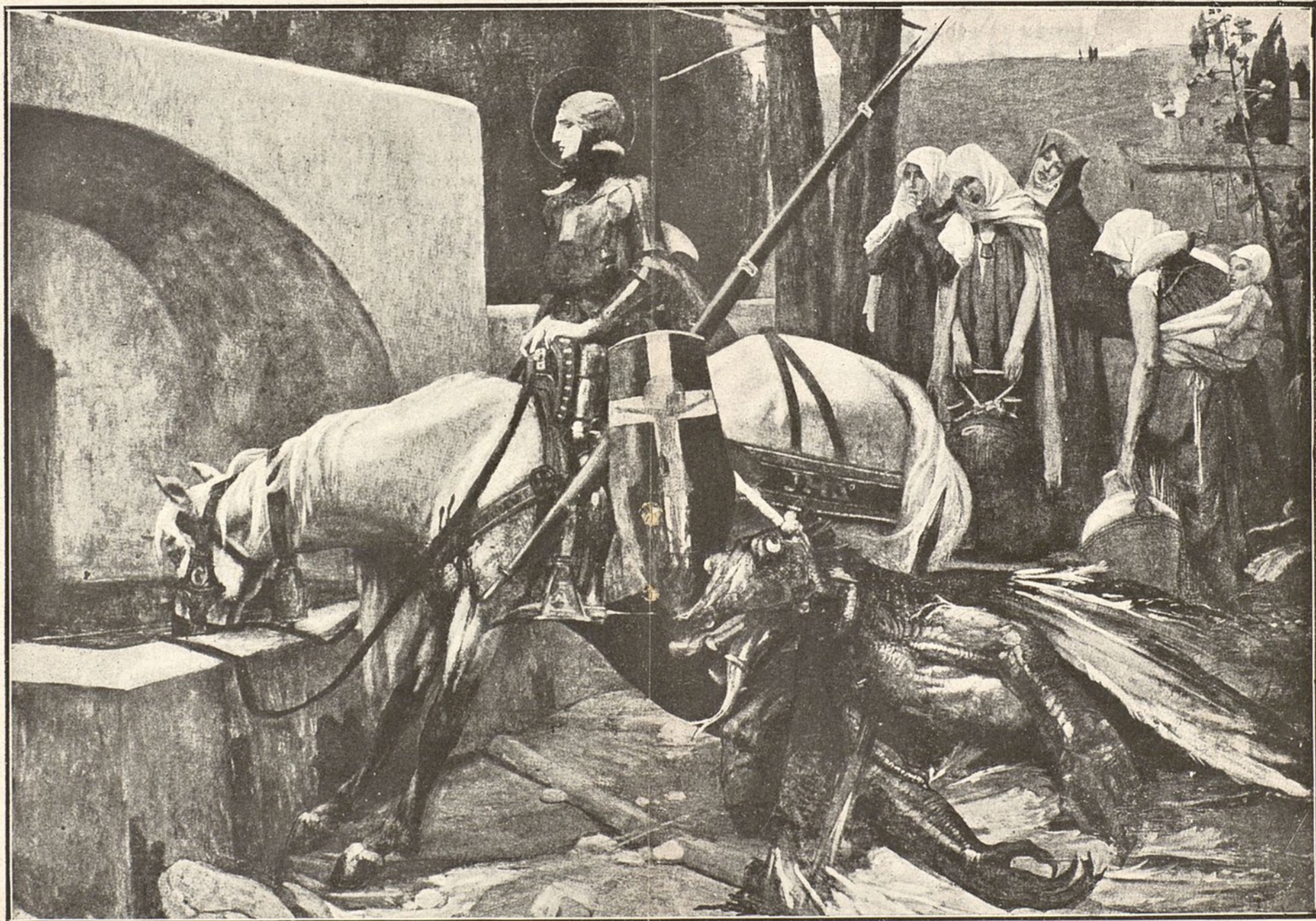
—Toma, para que te se quite—la contestó el guarda dándole las dos liebres y abrazando á sus pequeñuelos.

Y colgó al lobo de una encina, donde quedó balanceándose custodiado por el perro que de vez en cuando, erguido sobre sus patas traseras, olisqueaba la fea cabezota...

JOSE A. LUENGO.



Ayuntamiento de Madrid



SAN JORGE VENCEDOR, CUADRO DE BERGES  
Ayuntamiento de Madrid



# FABULAS ESCOGIDAS

## EL GALLO VANIDOSO

Cierto gallo vocinglero, estúpido y enfatuado, decía en tono altanero que estaba en el gallinero sin motivo postergado, mientras que otro gallo había que era feo y no tenía el más pequeño atractivo, y estaba siendo motivo de cariño y simpatía. Al oír tanta bobada le dijo un pollo:—Te escucho y, vamos, me desagrada, pues no te quitamos nada; ¡es que te pones tú mucho!

## LA GARDUÑA OFICIOSA

Por cuestiones que entablaron y que suelen los mortales llamar internacionales, la guerra se declararon un día, con furia brava, un ambicioso alcotán y un valiente gavilán que á aletear empezaba. Era enconada la riña, y ante aquel duelo sangriento pusiéronse en movimiento

otras aves de rapiña. No muy cerca del lugar de la lucha, entre dos lomas tenían unas palomas un pequeño palomar, y desde la tapia, un día la garduña las habló y las dijo:—Como yo presumo que en la porfía cuya solución despierta el interés de las aves podéis sufrir daños graves si no cerráis bien la puerta os anuncio que lamento el peligro que corréis y espero no descuidéis el palomar ni un momento. —Tienes razón; pero como conocemos tu ambición —á la garduña en cuestión la dijo un tierno palomo,— nos escama ese interés. ¡Tú quieres obrando así, que nadie se acerque aquí... para entrar sola después!

¿No juzgáis que es conveniente para evitar muchos males, discurrir en casos tales como el palomo inocente?

JOSE RODAO.



## UN ENCANTAMIENTO

**P**ues señor... Erase que se era un reino llamado Actividad, donde todos los súbditos eran muy trabajadores...

Los reyes de aquel pequeño paraíso estaban muy afligidos... ¡mucho...! Cierta que tenían grandes riquezas y contaban con el respeto y amor de los súbditos. Cierta que se querían mucho y no tenían disgustos. Pero, ¡ay! Su única hija, la princesa Venturina, era muy perezosa y eso constituía un grave delito en el reino de Actividad. Las buenas hadas que asistieron al nacimiento de la princesa Venturina la dotaron de multitud de bellas cualidades. Pero el hada mala, Pereza, la regaló una buena dosis de holgazanería, con lo cual echó á perder todos los atractivos de la princesita, en venganza por no haber recibido una cortés invitación de los padres de la recién nacida.

Los súbditos, que adoraban á los reyes padres, miraban con encono y rebeldía á aquella linda princesa que se llamaba Venturina y que no obstante parecía destinada á dar un mentís al nombre, puesto que sus vasallos no se mostraban dispuestos á dejarse gobernar y mandar por un ser inútil y ocioso, incapaz de apreciar todo lo que vale el trabajo.

Cuantas amonestaciones, consejos, ejemplos, premios y castigos se hicieron á Venturina con ánimo de corregirla, fueron estériles, ¡que el hada mala había echado la semilla de la pereza muy honda... muy honda!

Los pobres padres, afligidos como todos los padres que ven llegar la infelicidad para sus hijos, hicieron multitud de promesas y ofrecimientos.

El hada Transigencia, compadecida de ellos, ideó un discreto engaño para curar radicalmente á Venturina de su funesta pereza.

La dió un ligero narcótico diciéndola que iba á encantarla. Una vez

que estuvo dormida, la pintaron arrugas en la cara, la tiñeron el cabello de blanco y pintaron telarañas en toda la habitación.

Cuando despertó Venturina y se miró al espejo, no sabía si la imagen que el cristal retrataba era de ella ó de su abuela.

—¿Pues cuánto tiempo estuve dormida?—preguntó angustiada.

—Setenta años—la contestaron.

—¿Y mis padres?

—Murieron...

—¿Y el príncipe Constantini, mi prometido esposo?

—Espera para ofrecer sus respetos á Vuestra Alteza...

...Y entró el pobre Constantini, encorvado, temblón, rugoso y calvo.

Naturalmente que mis lectorcitos comprenderán que la calva era debida á una perfecta peluca; las arrugas, á una buena pintura, y el encorvamiento y temblor... á un trabajoso esfuerzo de voluntad, que por cierto le molestaba bastante al arrogante príncipe.

¡Pero todo lo daba por bien empleado si se conseguía el objeto deseado!

La pobre Venturina lloraba lágrimas sin fin.

—¡Oh, buenas hadas!—exclamaba en el mayor desconsuelo y congoja.—¡Tened compasión de mi desdicha! ¡He perdido cuanto de bueno me rodeaba sin apenas saborearlo! ¡Mirad mis lágrimas! ¡Tantas! ¡Tan amargas! ¡¡¡Y tan negras!!!

Porque hay que advertir que con el llanto, las arrugas que en su rostro habían pintado se destiñeron y el desconsuelo de la pobre princesa Venturina era un desconsuelo ¡negro!, lo que aumentó su pena de un modo atroz, porque se convenció de que en la vejez. hasta las lágrimas dejan de ser bellas y cristalinas..

Tanto sufrió y rogó, que el hada Transigencia se presentó al fin y la dijo:

—Sólo hay un medio, ¡oh, infelice princesa Venturina!, para que las cosas vuelvan á su pristino estado.

—¿Cuál?—preguntó angustiada y anhelosa.

—Que prometas y cumplas el curarte radicalmente de tu pereza.

Por muchas riquezas que se posean, por muchas bellas cualidades que se tengan, no puede ser feliz ni hacer dichosos á los suyos la persona que tiene el defecto de la pereza.

Prometiolo solemnemente Venturina y la buena hada la durmió otra vez diciendo:

—No temas á este nuevo encantamiento; él te tornará la dicha.

Con efecto; como todos los detalles de la discreta ficción desaparecieron, cuando la princesa despertó se encontró de nuevo joven y bella; sus padres, vivos, sanos y amorosos, y el príncipe Constantini tan apuesto y gentil como siempre.

...Y gracias á tan discreta mentirilla, fueron todos felices en el reino de Actividad y no peligró el trono de la princesa Venturina, que fué desde entonces la más trabajadora del reino.

MARIA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.

Ayuntamiento de Madrid

## DIEGO GARCIA DE PAREDES

Llamaron á Diego García de Paredes el Sansón de Extremadura por las hazañas que en el curso de su extraordinaria vida realizó en España é Italia. Nació varón tan esforzado en la villa de Trujillo, en 1466. Siendo niño, un día que fué á misa con su madre, se olvidó ésta de tomar agua bendita y, sintiéndolo, quiso volver al templo, pero su hijo le rogó

que no se molestara porque él la traería; en efecto, Paredes corrió á la iglesia y, arrancando de su base la pila, tornó al lado de su madre á quien con suma galantería se presentó. Más adelante, cuando ya era mozo, hacía el amor á una dama muy bella de su lugar natal, y una noche que estaba hablando con ella notó que la reja de la ventana era un estorbo para su comodidad, y pasando del pensamiento á la obra, con sus brazos de hierro quitó los que le separaban de la que tanto quería. La doncella, que era muy virtuosa, se alarmó ante aquel hecho, temiendo que la maledicencia man-



SUMISIÓN DE LOS BERBERISCOS  
VENCIDOS POR GARCÍA DE PAREDES

ncillara su honor; ante esto, Paredes fué quitando una á una todas las de las otras casas de la calle, corrigiendo así el daño que pudiera suceder á la recatada novia.

Años después pasó á Italia al servicio del papa Alejandro VI, en el que se distinguió notablemente. Estando en aquellas tierras le ocurrió el siguiente lance: á Rui Sánchez de Vargas le había pedido un caballo, que le fué cedido sin dilación, mas á poco se le ocurrió al dueño

quitárselo, y como no quisiera entregarlo Paredes, se trabó entre los dos y los tres acompañantes del primero una querrela que acabó con daño de Rui y descalabro de los otros. En el mismo año, en Roma, adonde había ido con su hermano Alvaro, encontrándose de guardia en las puertas del palacio pontifical y jugando con los después heroicos capitanes Juan de Urbina, Vargas, Zamudio y Villalba á la barra, tuvo también que luchar, en desigual combate, con el caballero que, teniéndose por mucho más que él, no permitió jugara la partida que había propuesto con pérdida ó ganancia de cien ducados. Paredes, que en el instante que fué despreciado tenía la barra en la mano, arremetió contra el que le ofendía y los que le acompañaban, que eran muchos y caballeros de espada, y dando á éste y al otro y desarmando á todos, ganó para sí el lance, matando á cinco é hiriendo á diez.

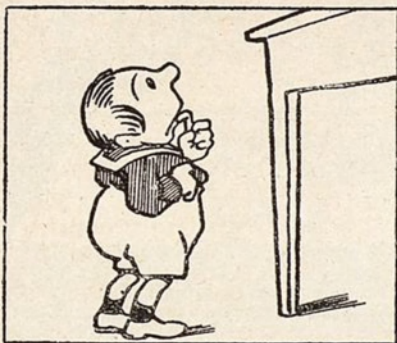
Aburrido del empleo de simple alabardero del Papa, se presentó á su primo el cardenal Santa Cruz, quien, aprovechando la guerra de Montefrascón, le dió el mando de la primera de las seis compañías que se formaron para hacer la campaña.

Puesto en marcha llegó á la ciudad, y haciendo con su mano el aparato de asalto, escaló su muralla y entró con su gente por entre los alborotadores; éstos, que tenían á sus órdenes muchas compañías de tropa, le hicieron mucha y tenaz resistencia para que no llegara á las puertas de la ciudad, mas de poco les sirvió, porque Paredes, así que ocupó la calle que iba á la más principal, se fué á ella, y hallándola bien cerrada, arrancó la cerradura y el cerrojo, que estaban echados, y haciendo caer la puerta, dió entrada á los suyos, quienes con esto calmaron al país puesto en sedición. En cuanto se rompieron las hostilidades entre el Papa y el duque de Urbino, voló á tomar parte en la guerra y en ella dió tantas pruebas de pericia, que le ascendieron á coronel. En uno de los combates, cuando la pasión y el coraje estrechaba más á los dos ejércitos enemigos, en un momento de entusiasmo bélico gritó: "¡España!"; uno de los jefes que le oyó tomó el acto por traición, y así se lo hizo saber á Paredes. Este desafió al superior que tan mal lo calificaba, y en el duelo tuvo tanta fortuna, que cortó la cabeza á su contrario. Preso en la tienda del general por este hecho y deshonerado, no pudiendo sufrir tan gran é injusto proceder, una noche decidió escapar y así lo hizo; tomó la alabarda de uno de los que le custodiaban, y venciendo á cuantos le cortaban el paso, se fugó al campo del duque, el cual lo recibió bien y en seguida le dió el mando de las tropas. Con ellas deshizo á las que antes fueron suyas, copándolas entre dos fuegos, batiéndolas desde cerros bien pertriechados, aproximándolas á fuerza de astucia y de genio militar.

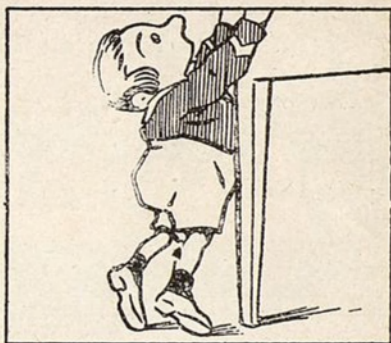
Una fuerte caída que dió del caballo puso fin á su vida en Bolonia el año de 1530. Su cuerpo, trasladado á la parroquia de Santa María, de Trujillo, lo guarda un modesto sepulcro sobre el que, como único homenaje, descansan dos banderas, de las muchas que ganó, mandadas colocar en su memoria por su también esforzado hijo.

ENRIQUE PACHECO DE LEYVA.

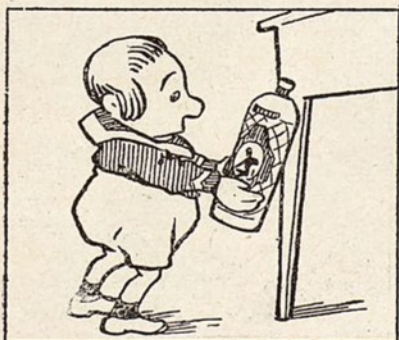
## LA MONA DE LUCAS



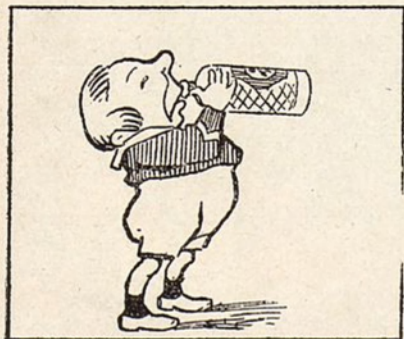
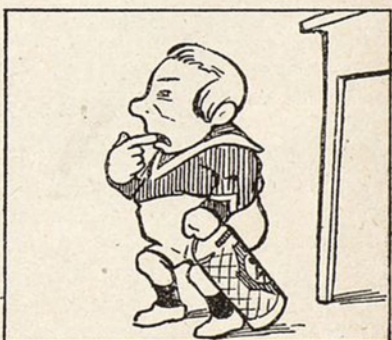
Vió Lucas con muchísima sorpresa una mona muy mona en una mesa.



Y en seguida, impaciente por tocarla, se empinó con objeto de alcanzarla.



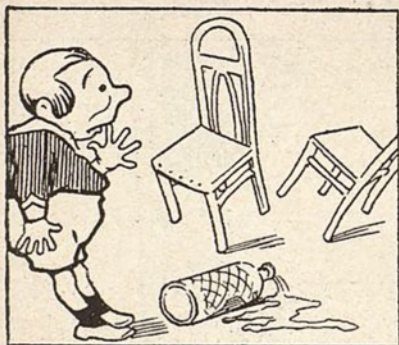
Cuando tuvo la mona ya en su mano, contempló con placer al cuadrumano, y quedó sumamente complacido.



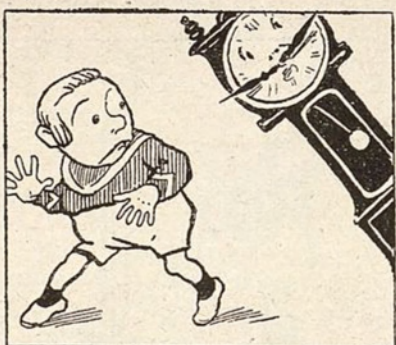
Lo aproximó á la boca sin estorbo y tomó dulcemente el primer sorbo.



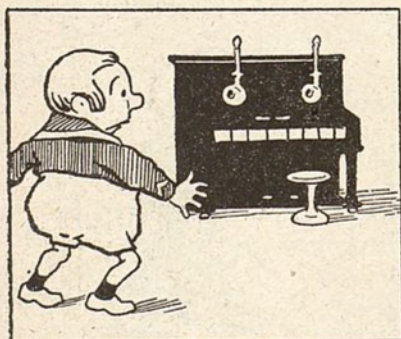
Luego tomó el segundo y el tercero, camino de beberse el frasco entero.



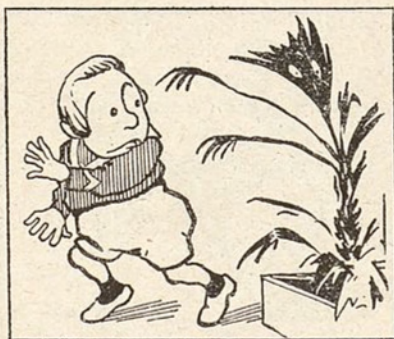
Pareció sentir como cosquillas  
y que bailaban el sofá y las sillas.



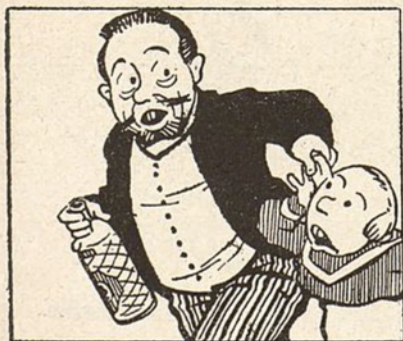
Le amenaza el reloj con gesto adusto,  
y el amigo se lleva el primer susto.



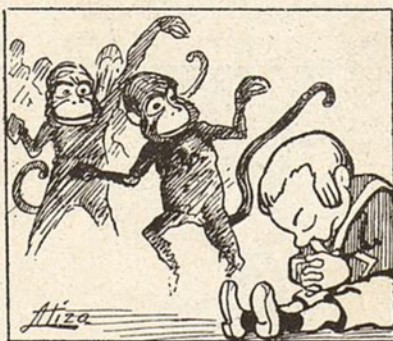
Llega después, huyendo, ante el piano  
y ve que le hace un guiño soberano.



Hasta una humilde y agradable planta  
parece que le sigue y que le espanta.



Llega papá, furioso, en tal apuro  
y le lleva de un salto al cuarto oscuro.



Y sufre allí el castigo, resignado,  
tan sólo de la mona acompañado.